

Marianne O. de Bopp

# LA EPOCA DE BEETHOVEN (1770-1827)

La vida de Beethoven transcurre en una época inquieta con numerosas tendencias contradictorias y nuevas corrientes de formación espiritual, que se desarrollan y llegan a ser fértiles: la doctrina francesa de la razón con sus ideas filosóficas, que prepara la revolución política; las nuevas doctrinas inglesas sobre el estado y el sentimentalismo, supersticiones místicas y piedad pietista, los gérmenes del renacimiento de la antigüedad y el florecimiento de poesía y cultura alemanas en clasicismo y romanticismo. Cada personalidad de la época, tan exuberante en personalidades, en educación, filosofía, poesía, ciencias, política, llega a ser portadora y representante de nuevas ideas que alternando dan el sello a su ambiente.

Cuando Beethoven nace, el rococó francés, aceptado e imitado con entusiasmo por los pequeños príncipes de aquella Alemania desgarrada políticamente en innumerables estados minúsculos —este juego ingenioso con los símbolos de la vida política y social, caprichoso, gracioso, irreverente y corrupto—, toca a su fin. El artista y el filósofo habían representado la misma moral sin escrúpulos como el noble de la alta sociedad; frivolidad erótica, ingenio y garbo eran el tono del día. La época posee la más fina sensibilidad del gusto, delicadeza fantástica y artificial de la forma, estética en la perfección más alta. Pero debajo de eso hay una disposición pesimista, de la cual nadie está libre en este siglo. Todos sienten la erupción que se prepara, la esperan y reaccionan sensibles según su temperamento y carácter. Todavía se trata de un juego con ideas que la revolución ahogará en una realidad sangrienta. Ya precedió a la revolución política la espiritual. En el mundo de los pensamientos ya penetró la Ilustración, el espíritu enciclopedista, dispuesto a comprender y dominar el mundo por medio de la razón. El debilitamiento de la autoridad y de la fe medievales por las dudas del intelecto que se ha hecho autónomo, conduce ahora a un definitivo rechazo de lo tradicional. Las ciencias naturales empiezan a calcular, investigar, medir y comprobar. La crítica científica que enfocaba la antigüedad de una manera nueva y luego sacudió las instituciones eclesiásticas, se dirige ahora contra el estado. El ideal del estado y de la monarquía son examinados con la lente de la razón. Locke ya ha negado su origen divino. La crítica filosófica y las ciencias naturales contagian el continente desde Inglaterra. Ya existen corrientes que obran en contra del general cansancio cultural, ideas radicales de una revolución total por un lado, y por el otro una tendencia auténtica hacia la naturaleza, que emprende a vencer su parodia caprichosa de los juegos pastorales. En Inglaterra, ideas de Rousseau se transforman en el culto de la salud, del deporte y de la virtud de la nobleza rural y la burguesía, que intentan realizar las ideas propagadas sólo agitatoria y filosóficamente en Francia. Las ideas revolucionarias forman la imagen de la época. De los cuadros de los pintores ingleses viene el traje de Werther. Ideas de la revolución disfrazadas

de virtudes aparecen en libros en las manos de todos y tienen el insondeable efecto de la palabra, el de transformar a los hombres, dándoles el modelo de una nueva vida. El sentimentalismo inglés de las novelas tiende al sentimiento rebelde, liberado de costumbres y conveniencias, símbolo de libertad política y humana. Todos los jóvenes de la época leen el *Werther*.

Imágenes e ideas penetran a través de Francia e Inglaterra en Alemania que en su periodo de preparación, ansiosa de enseñanza, en el movimiento del Sturm und Drang se abre con entusiasmo a todo lo nuevo. Klopstock configura su *Mesías* según Milton; Lessing escribe *Miss Sara Sampson*; Herder toma sugerencias de *Reliques of ancient english poetry* de Percy; el *Werther* imita la forma de las novelas de Richardson; el *Ossian* de Macpherson; es considerado "Urpoesie"; Schiller da el nombre de Lady Milford a la amante de príncipes que tiene rasgos humanos, y el *Goetz* de Goethe es para el gran rey Federico, quien no comprende la naciente literatura alemana a causa de su educación en el espíritu francés, "cette imitation détestable de ces abominables pièces de Shakespeare". Lo pesado y un poco torpe de la nueva era burguesa es más afín al espíritu alemán de la época que la imitación del *esprit* francés, del ingenio, del gracejo que sólo Wieland logra en lengua alemana.

Al mismo tiempo, las tendencias humanistas y clásicas cobran fuerzas, cuyo espíritu se alimenta del mundo de la antigüedad, que en este siglo —a causa de las traducciones magistrales de Vos— llega a ser suelo patrio del pueblo alemán. El mundo clásico se convierte en imagen viva, nostalgia divina por la libertad y lo sublime de una vida de "noble serenidad y tranquila grandeza", otra vez el deseo soñado de la época de oro, del mundo armonizado por medio de razón, pensamientos, esfuerzo ético con la idea de una época dorada de la humanidad. De esto vive el clasicismo alemán y continúa bebiendo el romanticismo.

Un año después de la muerte de Federico el Grande (1786) aparecen la *Ifigenia* de Goethe, y el *Don Carlos* de Schiller; es Weimar centro de la Alemania cultural, Viena centro del mundo musical, Königsberg centro de la filosofía. Klopstock, Lessing, Herder y Wieland ya han preparado el camino: Klopstock, que crea un sacerdocio de la vocación del poeta y forma el nuevo idioma que podrá ser instrumento del tiempo clásico; Lessing, el representante alemán más auténtico de la Ilustración, para quien la acción es la tarea esencial del hombre y cuya obra ética contiene el mensaje de la cultura más perfecta, tolerancia y libertad religiosas; Herder, amigo y maestro del joven Goethe, que da nuevos impulsos a la juventud alemana, partiendo de las tradiciones populares, canciones, leyendas y cuentos de hadas, que llegan a ser la base de una cultura más amplia y libre que abarca pueblo y mundo con igual amor, y quien impone en sus "Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad" el humanismo como meta

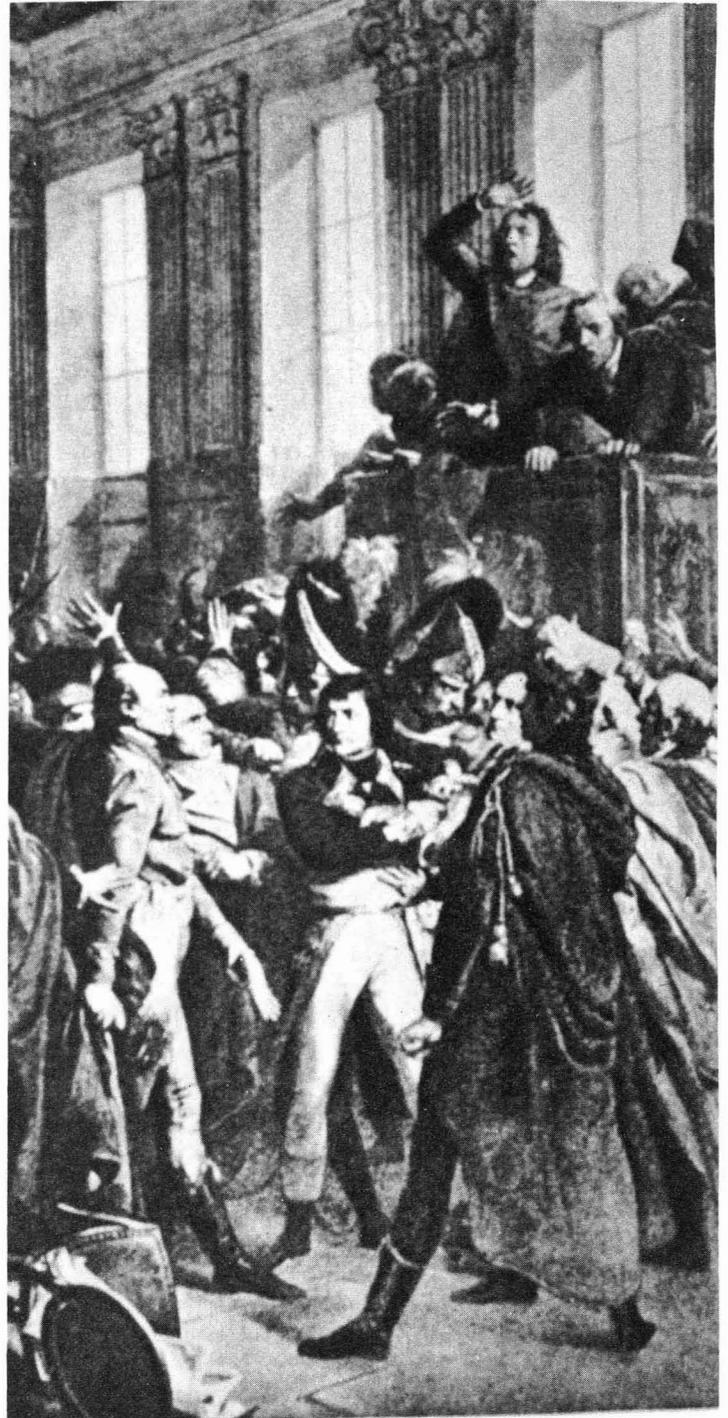


final de historia y religión. Sus *Voces de los pueblos en sus canciones*, el ensayo de Goethe sobre el arte gótico y su *Goetz von Berlichingen*, abren conexiones interiores con la poesía original, ese lenguaje común de la humanidad. Schiller, como el profeta más fervoroso del gran tiempo espiritual de los alemanes, vidente entusiasta y noble de un nuevo humanismo, se esfuerza en reunir la severidad kantiana de la noción del deber con la libertad humana y la dignidad más alta. Y de la pequeña ciudad norteña, Königsberg, viene la filosofía más atrevida del tiempo moderno, que tendrá la influencia más profunda en las ideas del siglo: en 1784, Kant escribe en la *Revista Mensual* de Berlín: "La ilustración es la salida del hombre de una minoría de edad autoimpuesta. La minoría de edad es la incapacidad de servirse de su razón sin la dirección de otros. Autoimpuesta es esa minoría de edad si la causa de ella no se origina en la falta de inteligencia, sino en la de decisión y de valor para servirse de la razón sin la dirección de otros." De la razón, que dice al hombre "tú debes", del ideal moral que vive en él, Kant cree poder concluir la libertad, la inmortalidad y Dios. Son los tres genios, Goethe, Schiller y Kant, que dan al idealismo alemán la forma definitiva para Alemania y el mundo.

Pero al mismo tiempo, los países alemanes, después de la muerte de Federico el Grande (están en una situación lamentable, desgarrados en innumerables partes, entre las cuales sólo Austria y Prusia dejan reconocer algo parecido a una unidad nacional. La lucha arde latente entre los países de habla alemana entre el predominio tradicional de la Austria católica, sucesora del Sacro Imperio Romano Germánico y la Prusia protestante que continuamente crece en poder y ahora aspira al mando supremo. Burocracia, rivalidades dinásticas e intrigas palaciegas son obstáculos para la realización de un estado unificado. El hombre es individualista y se siente encima de la noción del estado, primero por motivos racionalistas, luego por otros humanistas e idealistas. Precisamente antes y durante la revolución francesa, en este ambiente de tempestad e inquietud de Europa, cuando se derrumba todo un mundo y se inicia el resquebrajamiento de todos los valores, el alemán se crea un mundo de ideales, irreal y sin estado. Para todos los espíritus libres del Weimar clásico, el estado no existe como una realidad. La única realidad es el reino de las ideas, donde dominan la libertad, la riqueza y la amplitud, que la escasez y pobreza material de la vida, la limitación a fronteras estrechas no pueden ofrecer. Precisamente la época dorada del Olimpo clásico en Alemania se construye sobre el suelo de mayor pobreza económica, y el tiempo de la más profunda decadencia política llega a ser el del apogeo de poesía y cultura. Característico para el tiempo clásico es un mundo del espíritu encima de la nación, un mundo de la humanidad y de los dioses de Grecia en una lejanía olímpica. Los clásicos, displicentes, vuelven la espalda al día y a la

miseria de la existencia política. Se desinteresan de las condiciones políticas de la época. El idealismo alemán crea el profundo abismo entre la miseria de la política y la riqueza de la cultura, como también crea el abismo infranqueable entre el pueblo que está obligado a vivir dentro de la realidad y el poeta que huye de ella.

Goethe, al lado de la hoguera del campamento de Maguncia, avisa proféticamente el nuevo tiempo, pero la derrota alemana frente a Napoleón apenas lo conmueve. Alemania no es una patria, las fronteras no son nada definitivo, el destino nacional nada esencial. Lessing llama al patriotismo una debilidad heroica, Fichte considera una característica de los alemanes su existencia sin estado y encima del estado, y Beethoven dedica su sinfonía *Heroica* a Napoleón, que domina a Austria y a los pequeños estados alemanes (aunque tacha esa dedicatoria cuando Napoleón se corona emperador). El Sacro Imperio ha desaparecido. Se impide cualquier posibilidad de unificación alemana; tanto la Alemania del sur como Austria deben quedar ligadas a Francia con las más pesadas relaciones de dependencia; los países del Rin son autónomos; los pequeños estados de la Alemania central quedan reunidos entre sí. Alemania como estado ha llegado a su fin. La autonomía de pensamientos, como la existencia de nuevas energías se dan únicamente entre los poetas y pensadores, pero políticamente los ciudadanos no tienen influencia ni interés. Prusia, después de la batalla de Jena, esta derrota devastadora, ya no es un poder grande, y se halla sumamente pobre. Pero de la estrechez de la pequeña burguesía del "Biedermeier" se levanta también el deseo apasionado por algo nuevo, surgen las ideas nacionales de la revolución francesa. Riqueza y privilegios han desaparecido, pero de todos, filósofos, poetas, políticos y científicos, en todos los campos de la cultura, la economía, la técnica, lo social y la política, la gran revolución que propagó la libertad, igualdad, y fraternidad, demanda análisis, razonamiento y explicación. Los movimientos de libertad e independencia en todo el mundo, en la América Latina, Grecia y Polonia, incitan como ejemplos. Intelecto y sentimiento se fusionan; el odio contra el enemigo provoca como reacción el amor a la patria; los himnos de Schiller a la libertad, su *Guillermo Tell*, incendian los corazones desde la escena. Las palabras de Kleist "matadlos, el juicio universal no os preguntará por los motivos"; las canciones de Schenkendorf, Körner, Arndt, toda la literatura política de estos años convoca a la rebelión. Se forman sociedades secretas contra Francia, Alianzas de Virtud reúnen a la juventud. Desde adentro se transforma la idea del estado; el idealismo llega a conclusiones prácticas para la realidad. En este estado tan pobre que sufre bajo la ocupación extranjera se funda la universidad de Berlín, que debe fomentar el espíritu idealista, la ciencia y el pensamiento nacional. Los primeros nombres de Alemania son llamados a Berlín: Savigny, Fichte, Niebuhr y Schleiermacher. En Königsberg son los filósofos, en





Berlín y otras partes las universidades se convierten en centros de resistencia; los catedráticos llaman a la juventud; Görres publica su *Mercurio Rhenano*, la hoja política más importante del tiempo; Fichte en sus *Discursos a la nación alemana* declara que únicamente el idealismo, la fidelidad, el deber, la moral y la religión pueden liberar a la nación. Por medio de libertad moral y política y educación del individuo desean crear la autonomía y el honor nacional para la comunidad de ciudadanos libres, la colaboración del pueblo en el estado, en el contraste más marcado al despotismo de Napoleón. De las ideas nacionalistas de la revolución francesa, llevadas por los ejércitos de Napoleón a través de toda la Europa, nace la resistencia que conduce a las guerras de liberación.

Pero después, la liberación nacional está lograda, y en lugar de la primavera de amor de pueblos y gobiernos, sigue el tiempo de reacción política, el dominio de la Santa Alianza, es decir, la victoria de las ideas e intereses de la vieja Europa sobre la nueva. El congreso de Viena se esfuerza en retrasar el reloj del tiempo: deben ser restablecidas las condiciones anteriores a la revolución: Metternich, presidente del ministerio austriaco, y su partido, consideran eso la garantía más segura de un futuro estable en Europa; una ilusión que se derrumba en sangre.

Multicolor este tiempo, con una filosofía que destruye todas las cosmovisiones antiguas, con la vida espiritual más noble, científica, poética y musical y la estrechez más siniestra y reaccionaria del pensamiento que quiere aniquilar lo logrado, desandar lo andado, con proyectos revolucionarios y rigidez anquilosada. El romanticismo ha sustituido la época clásica, evasión de la estrechez y miseria de la actualidad, regresando al pasado real o soñado del propio pueblo, al medioevo o a tiempos prehistóricos. Poesía y vida deben fundirse en uno. La poesía de otros pueblos llega a ser fructífera para Alemania, la idea de una literatura mundial, preparada por Herder y Goethe, germina abundantemente en el espíritu alemán. Shakespeare, los grandes poetas italianos y españoles son traducidos por los hermanos Schlegel, que dan los cimientos teóricos al romanticismo. Pero empieza a predominar también lo fantástico, lo irregular, lo fragmentario y desgarrado, el amor a la ironía juguetona; Novalis crea el símbolo eterno de la flor azul; Tieck escribe sus dramas y novelas, así como Fouqué, Brentano y Arnim; E. T. A. Hoffmann compenetra el mundo real con lo irreal; se abre el país de los cuentos de hadas, canciones populares y leyendas, para los cuales llegan a ser modelo mundial las colecciones de los hermanos Grimm.

En esta época, Mozart y Beethoven con su fuerza, profundidad y abundancia de melodías llevan la música alemana a un nivel mundial, y Beethoven, cima de su arte como Goethe del suyo, durante el Congreso de Viena está a la altura de su fama, aunque nuevos hombres como Franz Schubert, Weber, Meyerbeer, Mendelssohn, Bartholdy, Liszt y Chopin surgen a su lado.

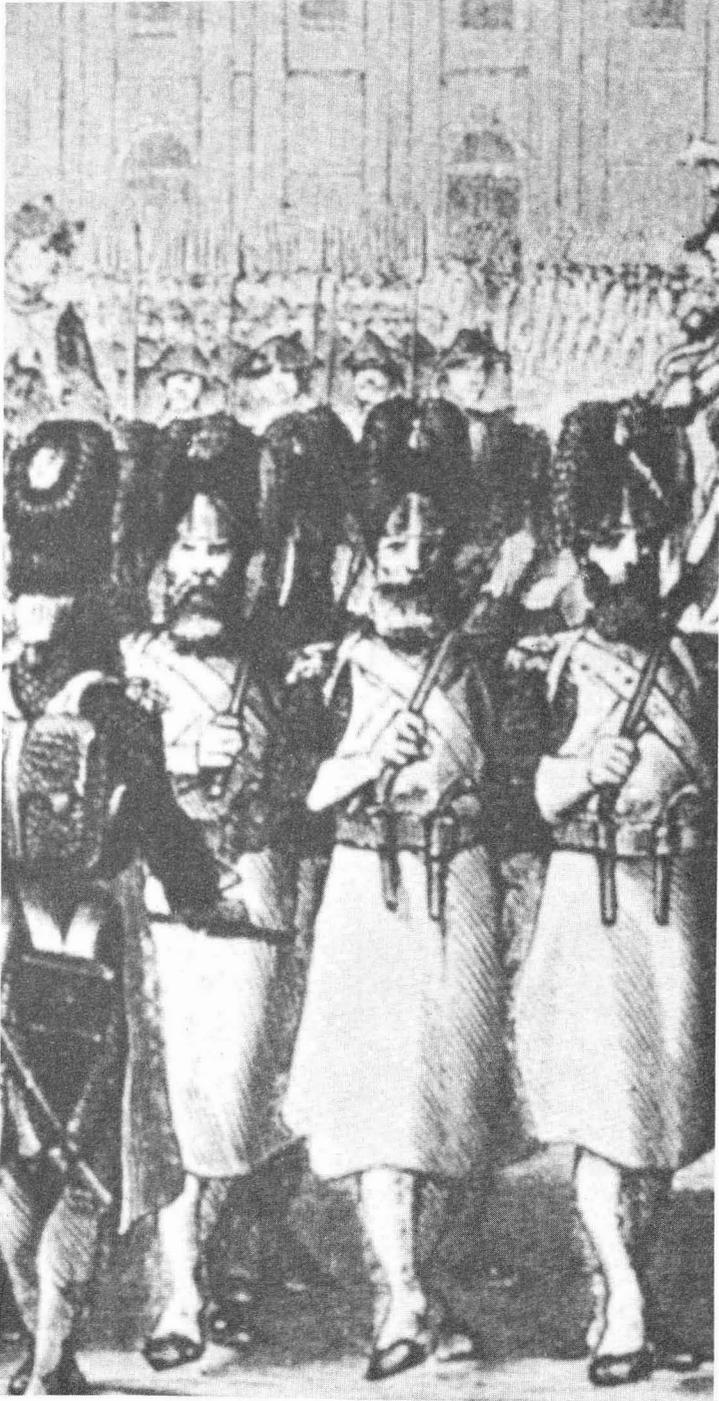
El romanticismo alemán primero reconoce su rango. Cuando en junio de 1796 Beethoven hace un viaje a Berlín, la juventud le sigue con entusiasmo, lleno de presentimientos. E. T. A. Hoffmann, uno de los primeros que empiezan a adivinar su genio, publica en 1810 su recensión admirativa de la *Quinta Sinfonía*, la *Sinfonía del destino*, primer documento de un culto de Beethoven que se está iniciando. Y con la intuición de su alma poética, Bettina Brentano —“el romanticismo personificado”, como la llaman— escribe a Goethe, el 28 de mayo de 1810:

Quando vi a éste, de quien quiero hablarte ahora, olvidé todo del mundo. Es Beethoven. . . a cuyo lado he olvidado el mundo y a ti; es cierto que soy menor de edad, pero por eso no me equivoco, si expreso (lo que ahora quizás nadie entiende ni cree) que él se adelanta en mucho a la cultura intelectual de toda la humanidad, y ¿si jamás podremos alcanzarlo? —lo dudo; que viva solamente, hasta que el enigma enorme y sublime que vive en su espíritu, haya ido madurando a su más alta perfección, ojalá que llegue a su meta más alta: seguramente dejará entonces en nuestras manos la llave a un entendimiento sublime que nos acerca un grado más a la verdadera bienaventuranza.

Pues contigo puedo confesarlo, que yo creo en una magia divina, que es el elemento del genio espiritual: este encanto lo ejerce Beethoven en su arte; todo lo que él pueda enseñarte sobre eso es pura magia, cada posición es organización de una existencia más elevada; y a causa de esto Beethoven se siente también como el fundador de una nueva base sensible en la vida espiritual: seguramente tu comprenderás todo lo que quiero decir y lo que es la verdad. ¿Quién podría reemplazarnos este espíritu? ¿De quién podríamos esperar algo parecido?

Toda la agitación humana anda como la máquina de un reloj dando vueltas, subiendo y bajando, él sólo produce libremente de sí mismo lo imprevisto, nunca antes creado: de qué le serviría a éste el trato con el mundo, quien ya antes de la salida del sol está ocupado con su obra sagrada y después de la puesta del sol apenas mira alrededor de sí, quien olvida la alimentación de su cuerpo y a quien volando lleva el éxtasis torrencial sobre las orillas de la vida diaria trivial.

El mismo me dijo: “Si abro los ojos, tengo que suspirar, pues lo que veo está en contra de mi religión, y tengo que despreciar a ese mundo que no presiente que la música es una revelación superior a toda la sabiduría y filosofía; ella es el vino que entusiasma a nuevas creaciones, y yo soy el Baco que prensa las uvas de este maravilloso vino para los hombres y los embriago del espíritu; si después vuelven a ser sobrios, ellos han pescado mucho que se llevarán consigo a la tierra. No tengo ni un solo amigo, tengo que vivir a solas, pero sé bien, que Dios está más cerca de mí que de los demás en mi arte, estoy en



relaciones con El sin miedo, y cada vez lo he reconocido y comprendido; ni tampoco siento temor por mi música, ésta no puede tener mala fortuna; a quien ella se haga entender, forzosamente se librará de toda la miseria con la que los demás se arrastran.

Sí, la música realmente es la mediación entre la vida espiritual y la de los sentidos. La melodía es la vida sensible de la poesía. ¿No se convierte el contenido espiritual de un poema en sentimiento sensible por medio de la melodía? Entonces eso lo siente uno realmente, que algo eterno, infinito, totalmente inefable vive en todo lo espiritual, y aunque en mis obras siempre tengo la sensación de algo logrado, me queda un hambre eterna... de empezar de nuevo como un niño. Hable usted a Goethe de mí, dígame que debe escuchar mis sinfonías, entonces me dará la razón, que la música es el único acceso metafísico al mundo superior del saber, que bien abarca al hombre, pero que él no es capaz de abarcar..."

Me llevó a un gran ensayo musical con la orquesta completa. Entonces vi allá a este enorme espíritu ejerciendo su gobierno. Oh Goethe, ningún emperador o rey tiene semejante conciencia de su poder y sabe que todo el poder emana de él, como este Beethoven... Si yo lo comprendiera así como lo siento, entonces yo sabría todo. Allá estaba parado, tanta energía, sus movimientos, su cara expresaban la perfección de su creación, anticipaba toda falta, todo malentendimiento, ningún hábito era espontáneo, todo estaba convertido en la más exacta actividad por la grandiosa presencia de su espíritu. Quisiera uno presagiar que un tal espíritu en su último apogeo reaparecerá como soberano universal.

Beethoven es puente entre la época clásica y la romántica, comparte de ambas, sin estar arraigado en ninguna de ellas; no es clásico y no habla el lenguaje de los románticos. No es un intelectual, y el mundo de la palabra le es tan poco familiar como a Goethe el de la música. Su educación había sido demasiado fragmentaria y defectuosa. Por conducto de su maestro y amigo Neefe, recibe la primera instrucción literaria. En la casa culta del canciller Breuning, aficionado a las artes, llega a conocer los libros de Hölty y Goethe, Klopstock, Schiller y Bürger y es introducido a la literatura antigua y extranjera. Su preferencia por el espíritu inglés, ante todo por Shakespeare, al lado de Goethe, Homero y Plutarco, nace en este círculo. También en Viena se ocupa de historia, religión, filosofía y poesía, hasta donde están a su alcance. El músico con la instrucción incompleta se desarrolló como un hombre claro, de pensamientos independientes, de juicio propio y soberano. Asimila las ideas humanistas de su tiempo y desde su juventud posee el sentimiento romántico por la naturaleza. Las palabras de Kant: "La ley moral en mí y el cielo estrellado encima de mí", están marcadas con tres puntos de exclamación en



su cuaderno de conversaciones. En su lectura, en las partes que subrayó o copió por su propia mano, se demuestra cuán vivamente le preocupan ideas éticas y religiosas, y sobre todo obras poéticas, especialmente en los tiempos de madurez. Dedicó "Adelaide" —con su lirismo sentimental y culto de la naturaleza que caracterizan el final del siglo XVIII— a su poeta Matthison, a quien venera. Pone música a gran cantidad de obras poéticas. El canto de Schiller, de alegría y libertad, el final de la Novena Sinfonía: "Alegría, destello divino" (Freude, Schöner Götterfunken) desde hacía tiempo jugaba un papel en sus proyectos. Ya a la edad de 23 años había querido componer la oda, después planeaba una obertura con la oda como finale, hasta que la incluye en la sinfonía, compuesta por encargo de la Sociedad Filarmónica de Londres. Beethoven proyecta una música para el *Fausto* de Goethe. Grillparzer escribe para él un libreto para una *Melusina*. Otros románticos son sus amigos; al lado de Bettina y Arnim conoce a Varnhagen y Rachel Levin con los cuales está en trato diario en Teplitz (1811), así como a la condesa von der Recke.

Pero de mayor importancia para su vida es el contacto con Goethe, a quien Beethoven demuestra una adoración ferviente. En 1812, cuando pocos todavía vislumbran el ingenio de Beethoven, los dos hombres geniales se ven por primera vez: Goethe, el gran olímpico celebrado, para quien el encuentro permanece un episodio, y Beethoven, para quien llega a ser un acontecimiento decisivo.

La primera relación se entabla por conducto de Bettina Brentano, quien en mayo de 1810 visita a Beethoven en Viena y después lo ve diariamente en la casa de su hermano. La joven ingeniosa y excéntrica, en aquel entonces de 25 años de edad, oye las primeras composiciones de las canciones de Goethe tocadas por Beethoven mismo. "Los poemas de Goethe no sólo por el contenido sino también por el ritmo me impresionan enormemente, a causa de este lenguaje me siento afinado y dispuesto a componer, ya que, como construido por espíritus, se edifica en un orden más alto y ya lleva en sí el secreto de las armonías. Hable usted a Goethe de mí..." Y Goethe contesta pronto, en junio de 1810 "Me dio gran placer recibir esta imagen de un espíritu realmente genial, sin querer clasificarlo... Di a Beethoven lo más cordial de mi parte y que con gusto haré un sacrificio para conocerlo personalmente, cuando un intercambio de ideas y sentimientos seguramente resultaría en bellas ventajas... y en esta ocasión tendría la mejor oportunidad de escucharlo y aprender de él; querer enseñarle sería blasfemia aun de un hombre con más conocimientos de los míos, ya que su genio ilumina su camino y frecuentemente un rayo lo enciende, cuando nosotros estamos sentados en la oscuridad y apenas presentimos de qué lado amanecerá."

En aquella época, Goethe no conocía ninguna obra de Beethoven, pero la descripción de Bettina lo prejuicia de la mejor manera.



Cuando ella abandona Viena, Beethoven compone para ella la canción de Goethe: "Corazón, mi corazón, ¿qué pasará?" y se la manda el 11 de agosto en una carta como una velada declaración de amor.

Es verdad que Goethe no tiene gran comprensión musical, aunque, con la ayuda de su amigo Zelter trate incesantemente de instruirse. (A la señora Unger, Berlín, 13 de junio de 1796): "No sé criticar y juzgar la música, pues me falta el conocimiento de los medios de que se sirve para sus fines; sólo puedo hablar de la impresión que causa en mí, cuando me abandono a ella completa y repetidamente." Pero Beethoven siempre de nuevo trata de llegar a él. (A Bettina, 10 de febrero de 1811): "A Goethe, cuando usted le escriba sobre mí, escoja usted las palabras que le expresen mi más alto aprecio y admiración. Estoy al punto de escribirle yo mismo acerca de *Egmont*, para el cual he compuesto la música, y eso únicamente por amor a sus poesías, que me hacen feliz." Hasta 1812 se conocen personalmente en el balneario de Teplitz, donde los príncipes más poderosos se han reunido, cuando la gran guerra inminente ya proyecta sus sombras: la emperatriz, el emperador Francisco de Austria, María Luisa de Francia, el rey de Sajonia y el duque de Sajonia-Weimar. Goethe y Beethoven se reúnen frecuentemente, pero sin hacerse amigos. La famosa y deformada anécdota de Goethe, el "servidor de príncipes" —que en realidad trata de conservar su distancia por medio de sus modales rígidos— y de Beethoven, el demócrata, durante el encuentro con el emperador y la emperatriz, ilumina la diferencia de actitud y cosmovisión entre ambos, —si bien Beethoven tampoco era el revolucionario consecuente que le gustaba ostentar.— El 2 de septiembre, Goethe escribe en una carta a Zelter, desde Karlsbad: "he conocido a Beethoven en Teplitz. Su talento me ha asombrado, pero desgraciadamente es una personalidad totalmente indisciplinada, que ciertamente tiene razón si encuentra detestable al mundo, pero no por eso lo hace más agradable ni para sí mismo ni para los demás. Pero hay que disculparlo mucho y lamentarlo, ya que su oído lo abandona, lo que quizás hace menos daño a la parte musical de su carácter que a la parte social. El, que de todos modos es por naturaleza lacónico, ahora lo llega a ser doblemente a causa de este defecto."

Uno está desilusionado del otro. Beethoven había abrigado la esperanza de encontrar en Goethe comprensión hacia su música y

reconocimiento, y Goethe ve a un Beethoven que con violencia quiere imponerse y cuyo recital de piano ya no está al nivel de la época. Cuando la amiga de Goethe, Marianne von Willemer desea que Beethoven componga las canciones de Suleika (del "Diván del Este y del Oeste"), Goethe le contesta que el compositor raras veces comprende al poeta, aunque Beethoven había hecho milagros a este respecto. En 1822, Beethoven todavía le manda la composición de "Tranquilidad del mar y viaje feliz" (*Meeresstille und glückliche Fahrt*), y en 1823 escribe de nuevo, porque necesita suscripciones para la gran Misa, y ruega a Goethe que intervenga con el Gran Duque, pero ya no recibe contestación. A pesar de todo eso, todavía en sus últimos días pregunta a sus visitantes por el estado de salud de Goethe.

La época clásica no comprende a Beethoven, el romanticismo lo aprecia en su valor, pero él no pertenece a esta era. Las tendencias de aquellos tiempos lo tocan, pero no lo transforman. Desde su juventud tiene ideas cosmopolitas, su creación está dirigida hacia lo universal. Con la revolución lucha por la libertad, también por aquélla de la confesión artística, pero siempre con el apasionamiento más alto. Y aunque desprecia todas las convenciones, nunca hace caso omiso de la forma y de la claridad del pensamiento. Son las ideas humanistas de su tiempo, en las que vive: "Hacer el bien donde se pueda, amar sobre todo la libertad, nunca renegar de la verdad, ni aun ante el trono. Considéreme usted como un afectuoso amigo de los hombres que sólo quiere el bien, donde quiera que sea posible."

En 1827, año de su muerte, en Alemania ha empezado el tiempo de la reacción, de la supresión de la libertad del pensamiento; la verdadera revolución de las ideas está todavía en el porvenir.

El romántico Grillparzer pronuncia la oración fúnebre ante su monumento: "Seamos serenos y valerosos; pues celebramos a un triunfador. El río de lo transitorio lo arrastró hacia el mar de la eternidad, no surcado por veleros. Despojado de lo que era mortal, brilla, como una constelación estelar en el cielo de la noche. Desde ahora pertenece a la historia. Anhelando una sola cosa, preocupándose por una sola cosa, sufriendo por una sola cosa, sacrificando todo por una sola cosa, este hombre pasó su vida. Desde siempre ha habido poetas y héroes, cantores e iluminados por Dios, para que se alienten en ellos los pobres hombres atormentados, pensando en su origen y en su meta."

